

Celia León Hernández, 100 años con alegría

Texto y foto MARTÍN A. CORONA JEREZ

La alegría y la felicidad son los signos distintivos de la cubana Celia León Hernández, quien ha vivido 100 años en la Sierra Maestra, la cadena montañosa más alta y famosa del país.

Dolores no le han faltado, porque fue una persona enfermiza, y la memoria le “falla mucho”, según ella; pero afirma, alto y claro, que nació el 3 de marzo de 1919, en el caserío de Sevilla Arriba, entonces perteneciente al municipio de Niquero y ahora al de Pilón.

Fue la menor entre los 10 hijos de Juana Hernández (ama de casa) y los 15 de José León (campesino).

Muchos contemporáneos la mencionaban entre las muchachas más bonitas de La Manteca, el cuartón donde transcurrió la mayor parte de su vida, y ella recuerda todavía, con esa memoria que “falla mucho”, cómo los organizadores de bailes animados por el órgano oriental buscaban a las hermanas León Hernández, tras comprometerse con “los viejos” a llevarlas, cuidarlas y traerlas.

Entre los buenos bailadores que conoció menciona a Juan León Aguilar (1910-1992), el guajiro con quien se casó cuando ella tenía 16 años de edad.

Siete hijos y una sobresaliente participación en la Guerra de Liberación Nacional (1956-1958), fueron los frutos más hermosos de aquella unión.

Juan estuvo entre los más cercanos colaboradores de la heroína Celia Sánchez Manduley, perteneció a una célula del Movimiento 26 de Julio y cumplió importantes encomiendas, varias de ellas en compañía de la esposa.

De estas acciones, Celia León ha relatado un viaje a la ciudad de Manzanillo, donde Celia Sánchez había prometido entregarle una pistola a Juan; pero no pudo atender al matrimonio, porque estaba enfrascada en la recepción a un periodista que iba para la Sierra Maestra.

En el regreso, la pareja se desvió de la ruta habitual, tras recibir aviso de que algunos “casquitos” esperaban a Juan en Media Luna para detenerlo.

Posiblemente antes de dicho viaje, Celia León, acogió en La Manteca a cuatro estudiantes que habían estado involucrados en el levantamiento armado del 30 de noviembre de 1956, en Santiago de Cuba.

Los jóvenes esperaban oportunidad propicia para caminar hacia zonas intrincadas de la citada serranía e incorporarse al Ejército Rebelde.

Uno de ellos se enfermó, debido a lo cual Juan y Celia lo llevaron a Niquero, donde lo atendió el doctor Juan Cardellá, conocido entre los revolucionarios por su militancia izquierdista y la ayuda gratuita a varios expedicionarios del yate Granma.



En el libro **El retorno anunciado**, el historiador Heberto Noman precisa que el 30 de noviembre de 1956 Juan estaba en casa de Ignacio Pérez, en Ojo de Agua de Jerez, junto a Celia Sánchez, Beto Pesant, César Suárez y otros comprometidos, y días después visitó a expedicionarios reagrupados en Cinco Palmas.

También expone que, el 8 de diciembre, Crescencio Pérez, Juan León, Florencio Orasma y otros campesinos auxiliaban a Manuel Echevarría, Gilberto García, Ramón Mejías del Castillo y Jesús Gómez Calzadillo.

Poco después, llegaba a la zona el grupo liderado por Juan Almeida, y Celia León ha recordado que ella y su marido aportaron comida y vino seco, este último para Camilo Cienfuegos, enfermo del estómago.

De esa y otras historias se conversó el 2 y el 3 de marzo de 2019, en Ojo de Agua de Jerez, donde la moderna vivienda de una hija fue el escenario elegido para festejar el centenario.

Dominada por la alegría sincera de una familia revolucionaria, la fiesta tuvo una noche para el inolvidable cerdo asado y otra para el no menos gustado cerdo frito.

Había que ver a Celia León recordando a su amado Juan; relatando anécdotas de la Guerra de Liberación; repartiendo besos a hijos, nietos, bisnietos y tataranietos; hablando de cuando el hijo médico salió hacia otros países; bailando música de órgano con el vástago que estudió en la legendaria Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos; contestando llamadas telefónicas internacionales; lanzando pedazos de cake a descendientes; riendo, riendo...



Con el polvo
del archivo

Por JOSÉ CARBONELL ALARD

Historia de una canción

Existen tres composiciones musicales que la vida hizo inmortales. Las tres tuvieron como cuna a Bayamo; y de Bayamo su inspiración y nombre. Son aquellas compuestas por Céspedes, Fornaris y Castillo; Perucho Figueredo y Sindo Garay. Las dos primeras de la época colonial; la otra de este siglo.

Los escenarios de sus primeras interpretaciones fueron por su orden; la Ventana de Luz Vázquez en la calle El Salvador; la Iglesia Mayor y la plaza que tenía entonces el mismo nombre, y la casa ya desaparecida de la calle José Martí número 331.

“La Bayamesa” fue el nombre de la canción amorosa y de la marcha guerrera que posteriormente como símbolo patrio se denominó Himno de Bayamo. La tercera y última aunque popularmente es conocida con ese nombre, su autor la inscribió como “Mujer Bayamesa”.

¿Cómo surgió? ¿Dónde fue escrita? ¿Dónde se interpretó? ¿Quiénes la escucharon por primera vez? Esa es una historia que contó el fallecido amigo Pancho Losada, quien fuera testigo de ello y escribí un día de abril de 1972.

Todo comenzó una noche bohemia de canciones y serenatas en 1917. Andaban de ronda trovadoresca Eleusipio Ramírez, joyero y guitarrista cantor; Leandro Tamaño, barbero y guitarrista; Javier Quevedo, talabartero, guitarrista y cantante y Pancho Losada, pintor y cantante.

Era cerca de la medianoche cuando entonaban sus canciones cerca del apeadero de trenes disponiéndose a salir de serenata. Había llegado entonces el tren de Santiago de Cuba, bajó de él un joven que sin saber cómo ni cuándo, se unió a ellos cantando en su ronda por calles y ventanas. Casi amanecía y el grupo trovadoresco se disolvió tomando cada cual su rumbo. Más aquel desconocido trovador no tenía dónde parar ni dinero con que pagar hotel. Eleusipio Ramírez lo llevó para su establecimiento de la calle General García, llamado El Ópalo (hoy tienda Los Buenos Precios) dándole albergue. Allí paraba también desde que llegó de Santiago de Cuba el pintor Pancho Losada. El juglar estuvo por espacio de tres meses. Su nombre: Sindo Garay.

Enamorado de Bayamo y su hospitalidad, sus bellas mujeres, su historia, de la romería nocturnal trovadora, su alma de fandanguero se sintió feliz en aquel tropel de amigos afectuosos de la bohemia numantina. Un día le dijo a Eleusipio “que como regalo a Bayamo iba a hacer una canción a la mujer bayamesa”. Así, una tarde, sentado sobre un montón de ladrillos en el patio de la joyería, comenzó a tararear la música en compañía de Eleusipio, que dio el visto bueno. Pasados pocos días, terminó en el hogar del joyero bayamés en la calle Martí casi esquina a Manuel del Socorro, los versos de la canción que junto al autor tarareó Paquita Ramírez, la hija del anfitrión. Esa tarde Sindo, por primera vez, cantó ante el músico Joaquín Casate la canción que hoy todos entonan, cuya letra y música rinde homenaje a los que por su patria “todo lo dejan”; “todo lo quemar”, “ese es su lema”, “su religión”.

Publicado el 20 de septiembre de 1990.
Compilación: Luis C. Palacios Leyva

Vivir “algo distinto”

Por OSVIEL
CASTRO MEDEL
Foto RAFAEL
MARTÍNEZ ARIAS



Todo en ella fue oleaje ese día; sintió calores en el estómago, aceleraciones en las venas, dilataciones en el pecho.

Resultó un acto sencillo, pero para Aimé Cordero Cabrera tuvo la dimensión de un planeta, porque al recibir el carné con tres letras le saltaron en la mente los días en que cruzó tormentas económicas al lado de su mamá, Liudmila; los consejos de los abuelos en la casa modesta; los tiempos de lucha en la secundaria para llegar al preuniversitario.

Acaso recordó, también, cómo logró volar en la soledad de sentirse hija única y cómo supo crecer entre

pupitres para lidiar en concursos de distintas materias.

“Se me unen muchos recuerdos hoy. Esto es algo distinto”, atinó a decir en medio del bullicio de sus compañeros del centro mixto Amador Liens Cabrera, de Buey Arriba.

Y enseguida habló del sueño de estudiar Periodismo, de sus ajetreos

como vicepresidenta de la Feem en su municipio, de la responsabilidad que asume ahora al “saltar” a la Unión de Jóvenes Comunistas junto a otros 56 coetáneos de su territorio.

“El reto es mayor, hay que multiplicarse para que el tiempo alcance”, expresó sin ambages, mientras la felicidad le subía a su rostro de 16 años.

Comentó, al final, esa alegría “abrilena” varias veces, aunque en un impulso de sabia sinceridad reconoció que algunos critican este paso de joven comprometida. “Son unos pocos que no entienden el verdadero significado de la militancia porque les falta madurez, tienen ciertos miedos o creen que se están metiendo en candelas. Yo estoy contenta y voy a vivir esto con intensidad y pasión”, dijo con una mirada apuntando al porvenir.